

DOS SEMANAS, SEIS DÍAS, TRES HORAS, UNA CAMPAÑA

MIGUEL ÁNGEL MOLINERO POLO
Universidad de La Laguna
mmolipol@ull.es

#COVID19 El Primer Ministro de Egipto acaba de anunciar que Egipto suspenderá todos los vuelos internacionales de entrada y salida del país en todos los aeropuertos a partir del jueves 19 de marzo. Esta medida se extenderá, al menos, hasta el 31 de marzo.

Recomendamos/pedimos a los turistas españoles que se encuentren en estos momentos en Egipto que contacten con su proveedor o agencia de viajes para reprogramar su regreso antes del jueves.

A efectos de una posible escala, recuerde que hay una serie de países que han impuesto restricciones a la entrada de personas procedentes de España o que han suspendido las comunicaciones con nuestro país. Puede consultar dicho listado, actualizado a las 18h de ayer, en el siguiente enlace: [http:// ...](http://...) (16 de marzo de 2020)

Este aviso, recibido a las 15:53 ponía fin a seis días de incertidumbre, algunos temores y, como consecuencia ineludible, una cierta tensión en el equipo. La campaña de la Misión Arqueológica de la Universidad de La Laguna para el estudio y la conservación de la TT 209¹, que se había iniciado con unas expectativas enormes, un par de semanas antes, y que estaba cumpliéndolas hasta ese momento, se desvanecía en el aire. O en la amenaza de la enfermedad, si queremos ser más precisos. Nos habíamos interesado por las conexiones de la tumba con el culto a la Diosa de la montaña tebana, y teníamos que habernos preocupado más por el aliento de Sekhmet y procurarnos una estela apotropaica de Horus sobre los cocodrilos. Atrás quedaban los meses de preparación intensa, especialmente los dos últimos. Atrás también una

¹ Para la campaña 2020, el Proyecto dos cero nueve, la Misión de la Universidad de La Laguna en Luxor contó con la ayuda de la Asociación Española de Egiptología, así como las habituales en los últimos años de la Consejería de Patrimonio Cultural del Gobierno de Canarias y la Fundación Palarq, a las que se unieron, en ese año aciago, Muebles Veri y un grupo de amigos en régimen de micromecenazgo.

cierta modulación de alternativas en los objetivos, en los mismos días previos al inicio del trabajo de campo, a medida que las noticias sobre esa enfermedad venida de lejos empezaban a referirse a países muy cercanos y surgía vagamente la duda de si la expansión podría provocar problemas en la llegada paulatina de los integrantes de la misión. Sin embargo, el primer paciente de Covid-19 detectado en España había pasado la cuarentena en un hotel de nuestra isla vecina, La Gomera, y el final feliz del caso tranquilizó un tanto los ánimos. Llegados a Egipto, la necesidad de fijar nuestra atención en la cotidianeidad de la excavación pareció poner una distancia entre nosotros y el virus. Aunque no nos las creyésemos, las afirmaciones continuas de los compañeros egipcios de que allí no podía extenderse, terminaban introduciendo una sombra de optimismo en nuestro ánimo. Sólo una semana antes del comunicado, las conversaciones del chat entre los miembros del grupo eran todavía felizmente intrascendentes. Se hacían peticiones a los que vendrían en los próximos días: «F...o, que P...a va a necesitar más pinceles como los de esta fotografía. Por favor, ¿puedes traerlos?» Y alguien añadía: «¡Y tráeme chocolate de la marca ..., que es mi favorita y ya se me ha acabado la reserva!» «¡Y trae las gafas de buceo, que el *mudir* ha prometido una escapada a Hurgada!». Hurgada y sus arrecifes de coral actúan como destino mítico inalcanzable para el equipo de la TT 209 y son motivo de bromas frecuentes alimentadas colectivamente.

La solicitud de M.^a Cruz Medina de un breve texto, un ejercicio narrativo, en el que describir cómo sufrimos la interrupción de nuestra campaña 2020 brinda al Proyecto dos cero nueve la oportunidad de agradecer a numerosas personas su ayuda en los momentos complicados que se van a narrar, aunque en nuestros recuerdos estos vayan perdiendo ya parte de su dramatismo. En primer lugar, a nosotros mismos, los integrantes de la misión lagunera, pues sin nuestra buena disposición de ánimo, aquellos días habrían sido bastante más complicados de lo que ya fueron. La salida de Egipto y la llegada a casa no habrían sido posibles sin la colaboración del personal de la agencia en Madrid de la compañía aérea Egyptair, en especial de L. Calatayud, por haber comprendido que la situación era extrema y facilitarnos medios de comunicación que hicieron posible la toma rápida de decisiones. No podemos olvidar las llamadas continuas de la Consejera Cultural de la Embajada Española en Egipto, la señora M. Momán, que nos daban la seguridad de estar bien informados, y en aquellos momentos esa convicción era de un valor incalculable. Idéntico motivo obliga a mencionar genéricamente a cuantos familiares, amigos y amigas estuvieron atentos a enviarnos las noticias que podían ser de interés para el grupo, en especial durante la semana previa al cierre de la misión, y que vivieron con nosotros esperanzas y angustias. Ellos, ellas y la tecnología han permitido que dispusiéramos de una información semejante a la que hubiéramos tenido en nuestra residencia habitual. Si alguien me preguntara cuál es la mayor diferencia en el trabajo de campo desde mis primeras campañas en Egipto y la actualidad, respondería que para mí son dos cuestiones: la estación total y la facilidad de comunicación. Cuando formaba parte de la única Misión Arqueológica Española (actual Proyecto Heracleópolis Magna), a finales de la década de 1980, un miembro del equipo iba, por turno, a la oficina de teléfonos de Beni Suef y pasaba horas intentando que funcionara la línea o que alguien tuviera a bien hacerla funcionar —nunca supimos de qué dependía— para hablar con su fami-

lia. Con frecuencia nos vencía el sueño y teníamos que volver sin haberlo conseguido. Nuestros familiares habían creado una rueda de números y si nosotros lográbamos conversar con uno, ellos se llamaban entre sí para contarse que seguíamos vivos y sanos. En marzo de 2020, las comunicaciones individuales se produjeron con la facilidad de una charla entre personas que están en el mismo sofá.

En los días previos al cierre del espacio aéreo egipcio la tensión había ido creciendo, con su punto álgido el viernes 13 de marzo y la declaración en España del estado de alarma desde el día siguiente. No obstante, el sábado y el domingo nos dieron una cierta tregua en el rosario de malas noticias. O así creíamos. Tal vez era solo un espejismo por la reducción de la actividad en nuestro país debida al inicio del confinamiento domiciliario y por la falta de informaciones habitual durante el fin de semana. Z...a había regresado en la mañana del sábado a Alejandría y enviado un mensaje tranquilizador: en el aeropuerto de El Cairo todo parecía funcionar con normalidad. Además, una nota de la Presidencia del Gobierno aseguraba que cualquier ciudadano español que se hallara en el extranjero podría regresar a nuestro país sin impedimentos fronterizos, resolviendo una duda que nos había surgido ante las declaraciones presidenciales del viernes.

Una reunión improvisada a media mañana del sábado 14 de marzo, durante el desayuno en el yacimiento, nos permitió poner al día el plan de urgencias, estableciendo un listado de qué tareas era necesario priorizar en las intenciones específicas de cada uno/a y qué tiempo llevaría concluir las o qué nivel de documentación se hacía necesario con el fin de alcanzar determinadas aspiraciones cuando regresáramos a España. Terminar la excavación del recién descubierto pilono que daba entrada al patio de la TT 209 nos parecía uno de los objetivos prioritarios. Esto permitiría reconstruirlo y que el muro nuevo sirviera de protección frente a eventuales riadas en caso de lluvia durante el siguiente otoño. Pero eso suponía al menos diez días de trabajo, en el mejor de los casos.

Sin embargo, la llegada de mensajes de preocupación de nuestras familias, de rumores con más o menos fundamento y algunas noticias confirmadas por vías oficiales respecto al transporte aéreo —no podríamos regresar vía Italia, por ejemplo, en caso de que tuviéramos que buscar una salida urgente, pues España cortaba desde el domingo los vuelos con ese país— mantenían la presión sobre nuestro ánimo. La habitual reunión semanal de objetivos que celebramos los sábados por la tarde se vistió en esa ocasión de una mayor trascendencia. Salvo una compañera que había terminado la documentación de su tema de investigación y que regresaba en dos días, el resto del equipo se mostraba dispuesto a seguir varias semanas. Ya sabíamos que la campaña no podría extenderse por dos meses como estaba previsto en origen, pero al menos intentaríamos alcanzar el 5 de abril y concluir las tareas más urgentes de excavación arqueológica. Si ya habíamos estado bastante aislados en la quincena larga de días que llevábamos de trabajo, desde ese momento estaríamos en confinamiento completo, sin más contacto que los ineludibles para las compras y, sobre todo, con los trabajadores y con los miembros del Taftish que nos visitan con regularidad. Con todos ellos, se imponía el saludo japonés. Evitar dar la mano se había convertido en una misión casi imposible desde nuestra llegada. Algunas personas lo tomaban con una suspicacia

cia rayana en la ofensa personal. Parecían sentir que les acusábamos de transmisores de la enfermedad. Pero si revestíamos el gesto con cierto nivel de simpatía —D...l se había convertido en un verdadero maestro— podríamos minimizar el impacto del aspecto profiláctico y reforzar la manifestación de respeto y de bienvenida. Terminada la reunión, nos relajamos un poco viendo una película en el apartamento del piso bajo, proyectada sobre la pared grande del salón, al tiempo que corría entre iconos sonrientes el infundio de que un mensajero traería pizzas para los/as asistentes.

Un mensaje enviado a un miembro de la agencia aérea en España, al día siguiente, prolongaba las acciones de reorganización de nuestro modo de vida. «... Disculpa que te escriba en domingo, respóndeme cuando puedas. Nosotros estamos bien en Luxor. Sin embargo, nos llegan continuos rumores y preferimos preguntarte para tener una fuente fiable. Nos preocupa que la compañía pueda cortar sus vuelos en un futuro cercano y que no podamos regresar. ¿Hay alguna información sobre la continuidad de los itinerarios? ¿Está abierta la oficina y tú sigues yendo a trabajar en ella? Me atrevo a pedirte, si fuera posible, que mires en el Amadeus hasta cuándo hay vuelos programados y si tienen plazas libres. Perdona de nuevo el atrevimiento y muchas gracias». Para nuestra sorpresa, la respuesta llegó en unos minutos: «... Aquí, ya lo habréis oído, la cifra de contagios se está disparando. Dime unas fechas de posible regreso y mañana te las miro y te digo si hay plazas. El viernes pasado se hablaba de cerrar alguno de los vuelos que está más flojo. Pero todo cambia cada hora. Nosotros estamos todavía trabajando en la oficina, pero no sé cuánto tiempo se mantendrán estas condiciones. Cuidaos».

El domingo terminaba así con la certeza de que tendríamos noticias seguras respecto a fechas para eventuales cambios de pasajes. También el lunes 16 de marzo empezaba con augurios favorables, pues nuestra compañera que había iniciado en la madrugada su regreso a casa había pasado por los dos aeropuertos egipcios y estos mostraban la más completa normalidad. La calma en su voz transmitía una sensación reconfortante desde el chat comunitario. La posibilidad de regresar sin problema cuando lo necesitásemos parecía abierta y nos daba una cierta sensación de seguridad y redoblaba el deseo de seguir excavando.

Tal vez esa relativa tranquilidad es la que nos movió a la primera de una larga serie de decisiones dolorosas que tuvimos que tomar en ese mismo día. Si nuestras familias estaban confinadas desde el fin de semana, aquellos miembros del equipo con hijos iban a empezar a recibir mensajes desde casa con las anécdotas graciosas y —también— con las dificultades y problemas de tener a los pequeños encerrados. Empezamos a animarlos para que no se hicieran los héroes y se plantearan su regreso sin cargar con la sensación de estar abandonando el barco. En el desayuno ya estaba decidido que cambiarían sus vuelos para el siguiente viernes, con tiempo hasta entonces para que concluyeran algunas de sus tareas más perentorias.

La serenidad de dejar resuelto ese problema, sin embargo, fue muy breve. Una llamada de teléfono a la Consejera Cultural de la Embajada apenas unos minutos después de la pausa de media mañana volvía a abrir el baúl de los peores vientos. Nos recomendaba que regresásemos ya a España. La situación en Egipto estaba empeorando, varios países europeos estaban anunciando el cierre de sus fronteras, las

compañías aéreas llevaban días anulando vuelos sin preaviso y corríamos el riesgo de encontrarnos con una demanda mayor de plazas de avión que las disponibles cuando decidiésemos volar. Aunque normalmente nos quedamos en el yacimiento un par de horas tras la salida de los trabajadores para completar las tareas de la jornada que requieren más tiempo, ese día optamos por volver al apartamento antes, pues las consultas a través de internet podrían ayudarnos a tomar decisiones con una información más segura. Ya no se trataba solo de cambiar el vuelo para los dos padres con menores confinados, se trataba de indagar la posibilidad de buscar plazas para el conjunto del equipo.

A las 14:33 escribíamos a L...s de Egyptair solicitando ocho pasajes, siete a Madrid y uno a Barcelona, para el jueves siguiente. Y uno para varios días más tarde, pues un miembro del equipo quería quedarse hasta proteger el yacimiento con un muro provisional.

Un minuto más tarde, ella contestaba que nos recomendaba una fecha más cercana, pues la demanda de vuelos a las compañías que aún confirmaban sus itinerarios era apremiante.

—Mejor volved ya. No esperéis al jueves, las cosas no se ven bien desde aquí. ¡Y yo de ti pensaba en regresar con los demás!

—¿Antes del jueves? —miradas de incredulidad del grupo— ¿Para el miércoles, entonces, habría plazas?

—Yo, de ser vosotros, volvería mañana martes.

Eso sí que resultaba imposible. Habíamos dejado el yacimiento como si hubiéramos terminado una jornada normal de trabajo. Enviamos un listado con los nombres de los integrantes del equipo y confirmamos el día, que podía ser miércoles o jueves, cuando hubiera plazas; en dos grupos y días distintos solo si no había otra posibilidad. El teléfono móvil fue desgranando códigos de reservas, el precio del gasto extra que suponía el cambio... parecía que había cuantas plazas necesitábamos. J...d tenía su reserva de vuelta a Londres, pues iniciaba un periodo de investigación en una institución británica. «A mí la situación no me parece que esté para ir de un sitio a otro ... ¿o es que vive allí?» fue la respuesta desde España. No era el caso, pero fue necesaria una pequeña negociación, pues la estancia estaba ligada a su proyecto de tesis y las fuentes previstas en aquel momento estaban en Gran Bretaña. Una lectura rápida a los periódicos locales permitió entender que en realidad no podría acceder en las próximas semanas a los centros comprometidos, pues las instituciones museísticas británicas estaban cerrando sus puertas. Con una cierta desesperación aceptó que se anulase su trayecto y se cambiase por otro a Madrid. Así, desde el primer momento, pudimos comprender en el seno del propio equipo uno de los grandes inconvenientes que la pandemia ha supuesto para la investigación: la imposibilidad de acceder a numerosos materiales guardados en los almacenes de los museos.

Cuando L...s, convertida en décima integrante de la misión, iniciaba su negociación particular para hacer regresar a M...l con el resto del grupo y todas las caras la apoyaban desde la mesa en nuestro comedor —«¿Y tú? Yo que tú, también volvería el miércoles. Todavía hay alguna plaza para ese día, creo que debería hacerte la reser-

va. No te lo pienses ¿cuánto más vas a poder hacer en un día? ¡cómo vas a quedarte solo!»—llegó la noticia que ponía fin a la discusión. El jueves se cerraba el espacio aéreo egipcio a partir de las 12.00. Era posible que todavía salieran a España los vuelos de esa misma mañana, pues suelen despegar en torno a las 9:30, pero era arriesgado esperarse hasta ese último. No había más que pensar: regresábamos todos.



Solo seis días antes de esta decisión, la eventualidad de que hubiera dificultades para el viaje de los miembros que se tenían que incorporar más adelante se había convertido en una posibilidad real. Su ausencia implicaría que los trabajos ligados a su especialidad quedasen sin desarrollar. En solo una semana, el problema se había transformado de preocuparse por los que no vendrían —y sus consecuencias— a buscar cómo podían salir los que ya estaban en Egipto. Al principio, el 10 de marzo, era el tránsito por el aeropuerto de Madrid el que levantaba más recelo, incluso cabía entonces la sospecha de que pudiera ser cerrado por las autoridades, y nos preguntábamos —ahora vemos que ingenuamente— si no sería preferible sustituir los vuelos ya reservados por vías alternativas que permitieran el viaje de Tenerife a El Cairo pasando por espacios menos sensibles.

Al día siguiente, miércoles 11 de marzo, el dilema que empezaba a asustarnos ya estaba en que se dificultase —o se prohibiese— la movilidad individual, aunque aún lo veíamos como una posibilidad lejana, y todavía había signos esperanzadores. Esa misma noche, J...-...l aterrizó en Luxor, sin problema en ninguna de las escalas, reduciendo un tanto nuestra percepción de los impedimentos que estaban alzándose para los viajes. También acababa de llegar el grupo de la Universidad de Alcalá, a los que vimos en el Marsam durante la cena del jueves 12 de marzo. Los saludos fueron un intercambio de buenos deseos arqueológicos y de salud, una combinación que se ha vuelto ahora muy normal pero todavía no lo era. La costumbre de la salida en grupo los jueves por la tarde es una de las más apreciadas por los miembros del Proyecto y ese día proporcionó la ocasión para rebajar la tensión entre las *stellas* y los frescos yeyés de las salas del hotel.

La propia mañana del viernes se había iniciado placenteramente, con una visita a varias tumbas tardías, incluyendo en el grupo explorador a algún miembro del equipo que esos días suele preferir desconectar —hasta donde es posible— olvidándose incluso de los monumentos. Sin embargo, a mediodía, el primer anuncio de que ya nada seguiría igual llegó con una llamada de J...d, que se había desplazado al sur para incorporarse por unos días en un equipo austríaco con el que terminar un estudio antropológico. Antes de llegar a su estación de descenso, le anunciaron por teléfono que no le abrirían la puerta de la casa por temor al contagio, según recomendación de su embajada. Solo una cierta pérdida de perspectiva provocada por el temor a la pandemia puede hacer comprensible que se permita que alguien viaje en tren y no avisarle de que el miedo a que se contagie en ese desplazamiento le dejaría en la calle. Pero esa desventura también ofreció la oportunidad de mostrar su solidaridad a otro grupo de egiptólogos: gracias a la Misión de la Universidad de Jaén en Qubbet el-Hawa, él

pudo tener alojamiento esa noche y, sobre todo, fue tratado con afecto, antes de regresar a Luxor al día siguiente (Figura 1).



Figura 1. Viernes 13 de marzo de 2020. Los miembros del Proyecto dos cero nueve visitando las tumbas tardías del Assasif, en estado de alerta, pero aún no conscientes de lo que se nos vendría encima en las siguientes horas.

A partir de ese momento, las malas noticias empezaron a llegar en cascada. Desde Egipto se advertía que los viajeros procedentes de España serían sometidos a controles de temperatura, deberían completar un formulario sanitario y las autoridades se reservaban el derecho de admitirlos. Desde España nos llegaba la suspensión de todas las clases durante quince días, hasta saber cómo evolucionaba la pandemia. Del resto del mundo, las informaciones no eran mejores, y una que podía afectarnos de forma bastante directa era que numerosas compañías aéreas estaban interrumpiendo vuelos.

Tras un ejercicio de voluntad colectiva para superar el desánimo, acordamos continuar la misión solo hasta comienzos de abril. Parecía improbable que pudiéramos recuperar la situación previa y volver a los objetivos iniciales mientras que era más probable, e indeseable desde un punto de vista emocional, que se cerrasen de repente los aeropuertos y continuásemos trabajando sin fecha de regreso. A esas alturas, las disposiciones que anunciaba unas horas después el presidente del Gobierno español y, en concreto, que España quedaba confinada, no cambiaban ya mucho nuestra situación particular en Egipto. Eso ocurría el 13 de marzo, viernes. Tres días después se decretaba el cierre del espacio aéreo egipcio para el jueves 19 de marzo. Nuestra aspiración a partir de ese momento era resolver con dignidad un reto diferente: cómo cerrar una campaña arqueológica de las proporciones de la nuestra en poco más de 30 horas.



La llegada al yacimiento en la mañana del 17 de marzo fue impactante para nosotros, pero sin duda hubo de serlo más para los trabajadores egipcios y los funcionarios del Ministerio ligados a nuestra campaña. Recibieron el anuncio de que ese era el último día que podíamos excavar junto con nuestros saludos de buenos días. En realidad, ya debían de suponerlo, pues a media tarde del lunes 16 había llegado la notificación de que el Ministerio de Trabajo egipcio prohibía las actividades colectivas desde el jueves, para cortar la transmisión del virus, lo que afectaba directamente a las misiones arqueológicas. Visto con perspectiva, el drama resulta mayor de lo que percibíamos entonces, pues para un buen número de los integrantes egipcios del equipo, aquel debió de ser el último salario que recibieron en bastante tiempo. Aún ahora, un año y unos meses más tarde, apenas han vuelto misiones arqueológicas a Luxor y el traslado temporal para trabajar en los complejos hoteleros de la costa no ha debido de ser una solución para ellos, como en otras ocasiones.

Las actividades se dirigieron en dos direcciones. La primera consistía en terminar tareas imprescindibles. Era importante regresar con una serie completa de fotografías de alta resolución de los ushebtis hallados en la SC3, por lo que B...a y J...l se centraron en ellos. J...d se encargó de documentar la última momia aparecida en SC3. A...o de concluir la unidad estratigráfica abierta en el patio y S...o de documentarla. M...a tuvo que recoger todas las cerámicas lavadas y extendidas en cuadrículas para secarlas y estudiarlas. Y M...l tuvo un día complicado intentando conseguir las libras egipcias con las que dejar finiquitados todos los pagos. La imagen romántica de la Arqueología se olvida de que esta es una actividad de la que depende la subsistencia de numerosas familias en Egipto y las cuestiones relacionadas con los fondos y su contabilidad consumen una buena parte del tiempo de los responsables de las campañas. K...n inició desde primera hora la segunda línea de trabajo: el proceso de cierre y protección del yacimiento, haciendo mover adobes y desplazar una pila de piedras al centro del wadi para crear un muro de protección en su cauce que redujera el efecto de una posible riada. Solo nos permitimos un respiro en esa larga jornada. Tras fotografiar el perfil de la SC3, retiramos su tercio oriental, lo que dejó al descubierto una puerta —ya suponíamos su existencia— que conduce a una nueva cámara, la que será SC4 (*side chamber* 4). Según se iban terminando esas tareas, procedíamos a reunir todas las herramientas, guardarlas en sus cajas y desmontar la tienda. El progreso fue lento y a las 15:00 horas aún no estaban todos esos materiales en el carricoche que debía trasladarlos a nuestro almacén habitual, con el consiguiente nerviosismo de la policía turística, pues a esa hora deberíamos estar saliendo del yacimiento. Fueron los responsables de la necrópolis quienes consiguieron su benevolencia para que nos dejaran terminar con una cierta tranquilidad. La despedida del equipo egipcio fue tan triste como siempre, y aún un poco más. A pesar de nuestros propósitos iniciales, resultó imposible mantener las distancias y los saludos japoneses. Ya sabíamos que al regresar a casa se impondría una cierta cuarentena, pues no podíamos saber si entre besos y abrazos no se habría colado algún virus no bienvenido. La amargura de la despedida tenía su paralelo en la desolación en que parecía quedar la necrópolis, con la salida de los últimos equipos que habían dado actividad al área y que tardarían meses en poder regresar.

Cuando la muerte ha recorrido nuestro planeta con una fuerza que hacía décadas no sucedía y la mayoría de los humanos vivos no habíamos sufrido una tragedia semejante, los pequeños problemas de un grupo de diez personas se reducen a algo menos que anécdotas. Esta narración de seis días de incertidumbre obvia todo lo que hay detrás y que solo puede leerse entre líneas: el desgaste de redactar las solicitudes de fondos institucionales y, en nuestro caso, en ese año concreto, el montaje por vez primera de una campaña de recaudación en régimen de micromecenazgo; el esfuerzo de coordinar las fechas de una veintena de personas, la mitad de las cuales no llegó a iniciar el viaje; la desesperación de no poder seguir excavando a la vista de los hallazgos y la decepción por no obtener la documentación necesaria para terminar de redactar memorias arqueológicas y estudios temáticos de investigación; por no mencionar el riesgo para nosotros y el de nuestras familias que nos acogieron al regresar. La microhistoria nos asegura que las vidas individuales pueden ser reflejo de un periodo y un lugar, mientras los detractores de este método histórico le reprochan recrearse en minucias eruditas carentes de interés. No pretendemos ascender nuestra experiencia en la campaña 2020 al carácter de representativa, pero ojalá la lectura de estos recuerdos haya sido al menos entretenida para sus lectores y, sin perder cierta perspectiva general, hayamos dado una idea de cómo vivió nuestra misión arqueológica aquellos momentos angustiosos ... cuando la Historia se dio la vuelta (Figuras 2 y 3).



Figura 2. Miércoles 18 de marzo de 2020, 04:45. Cafetería del aeropuerto de Luxor. Tomando un café para despejarnos, sin haber dormido, tras pasar la tarde guardando los archivos de documentación arqueológica, recogiendo los enseres domésticos de la casa alquilada y, en las breves horas de una corta noche, haciendo nuestras maletas.



Figura 3. Miércoles 18 de marzo de 2020, 13:45. Llegada al aeropuerto de Barajas. Hoy sabemos que esas mascarillas no protegen del virus, pero eran las que teníamos en aquel momento, aunque éramos solo vagamente conscientes de su escasa eficacia. La imagen de la T1 vacía resultó sobrecogedora. Aún más lo fue la T4, dadas sus proporciones, cuando tras 20 horas de inquietud, la parte del equipo que aún tenía que volar a Tenerife consiguió entrar en un avión. Ese tercer y último trayecto de nuestro regreso fue tan incierto desde su reserva tres días antes que merecería su propia narración.